

## LA CONVERSION DE MALENKOV

POR

ANGEL MAESTRO

La noticia de la conversión de Georgi Malenkov al cristianismo, y su bautizo según el rito de la Iglesia ortodoxa rusa, ha pasado poco menos que inadvertida en los medios de comunicación españoles. Una noticia de muy pocas líneas, sin relieve de titulares alguno, y que, si ha pasado inadvertida para los que sienten preocupación por los temas de nuestro tiempo, en la opinión pública su impacto ha sido nulo.

Si no conociésemos las causas, resultaría asombroso este silencio, pues Malenkov, no era un comunista del montón, sino uno de los líderes más destacados en la historia de la Unión Soviética, desde la revolución de 1917.

La noticia ha sido sumamente escueta, tal como antes decíamos; unas simples líneas anunciando su conversión al cristianismo ortodoxo, y su bautizo oficiado por un pope moscovita. Nada más, ni la iglesia donde se realizó, ni el nombre del oficiante —que en los casos de bautizos de la alta sociedad o de los habituales de la llamada prensa del corazón, se nos agobia con la prolijidad de detalles, o las «bodas del año», etc.—. Nada, una noticia escueta sin más.

Conociendo la mentalidad de la «nomenklatura» dirigente de la URSS, la noticia, y sobre todo el hecho de la conversión, ha sido sabida desde el principio por cualquiera de los numerosísimos órganos de control de la sociedad soviética. Dicha noticia ha contado, para su difusión con el visto bueno, sin el cual no puede transmitirse cualquier novedad, por insignificante que sea en la URSS, y la noticia ha sido transmitida por agencia, no por

las fuentes habituales del *samizdat*, o por huídos del sistema marxista-leninista.

Pero volvamos al silencio; ¿por qué esa nula repercusión en la opinión? Existen dos soluciones; una por la habitual tendencia a la desinformación sobre el universo comunista habitual en la prensa progresista española, así como una televisión proclive siempre a ocultar cuanto de negativo haya al otro lado del telón de acero, y lo mismo puede decirse de las emisoras privadas de radiodifusión, aunque tantas de ellas sean propiedad de grupos eminentemente capitalistas liberales, e incluso de la Iglesia española.

Es evidente, y sería superfluo volver sobre ello, pues los lectores de *Verbo* conocen trabajos anteriores sobre el tema, la eficacia de la desinformación y, por consiguiente, intoxicación de la opinión pública occidental, no sólo por los servicios del Comité para la Seguridad del Estado (KGB), sino algo mucho más importante: la desinformación es producto del sistema todo, y el KGB, sólo un agente más —muy eficaz desde luego— en la diseminación de esa intoxicación, pero también la Academia de Ciencias de la Unión, las Academias de las Repúblicas autónomas, y, sobre todo, el departamento internacional del comité central del PCUS, son las fuentes, como testimonios vivos del sistema de la desinformación.

Una posibilidad cierta, la desinformación, pero en España, y también en Occidente tenemos otra —muy probablemente más posible aún— la ignorancia. Esta segunda solución, si además se ve reforzada por la primera, consigue resultados espectaculares.

La incultura periodística —salvo honrosas excepciones— es un hecho en nuestra Nación, comparable sólo a la ignorancia del universitario medio. Fuera de los tópicos, de la noticia efímera y pasajera del día, el desconocimiento de la historia, reciente incluso, es aberrante. Muchos de los autotitulados comentaristas de la actualidad internacional, empiezan ahora a conocer a Gorbachov, en quien se está repitiendo la intoxicación cometida con Andropov, presentándole como el hombre joven, de una nueva generación, liberal, aperturista, etc., pero la actuación de Malen-

kov, se remonta a más de veinticinco años, tiempo suficiente para que el atento sólo a las modas del día, lo considere tan arcaico como si fuese Chernichevski o culaquier otro revolucionario del siglo XIX.

Más probablemente aun: lo ignore y lo desconozca en absoluto.

Por eso muy probablemente la ignorancia al uso, haya sido, con una ligera dosis de desinformación, la falta primordial de la falta de relieve periodístico de la noticia.

Tal como antes comentábamos, ésto resulta asombroso al haber sido Malenkov, no un oscuro «apparatchik» de una perdida región Kalmuka o Kirguisa, sino nada menos que el primer sucesor de Stalin. Entonces la ignorancia, el desconocimiento, producen sensación de tristeza, de indignación al ver en manos de quién está la opinión pública.

Al morir Stalin —en circunstancias no del todo claras aun— el 5 de marzo de 1953, y dentro del rígido protocolo soviético en el que reviste especial importancia el orden de aparición en escena y de las intervenciones en discursos, es Georgi Malenkov, quien pronuncia en primer lugar la oración fúnebre por Stalin, seguido de Molotov y Beria. Se producen las ya tópicas, desde la muerte de Lenin —cual hemos visto posteriormente con los fallecimientos de Stalin, Breznev, Andropov, y lo veremos en el de Chernenko— (1) llamadas a la unidad y a la dirección colegiada. También, como diría Voslensky en la «nomenklatura», a la férrea e indestructible unión entre el partido, las fuerzas armadas y el pueblo soviético; podemos añadir que frente a las asechanzas del imperialismo agresivo, y la necesidad de aumentar la vigilancia para salvaguardar los logros de la patria soviética y del internacionalismo proletario. En fin el uso de lo que el fallecido y genial Boris Souvarin, u otros como Heller, Lazkitch y expertos soviétólogos denominan «la langue du bois».

Pero esa unidad monolítica escondía ya el pacto tramado entre bastidores entre los hombres más importantes del politburó —en aquella época Presidium—, Malenkov, Molotov, Jruschov,

---

(1) Este trabajo estaba realizado antes de la muerte de Chernenko.

Kaganovich, Bulganin, Mikoyan, para con el apoyo del mariscal Zukov, preparar la eliminación de Beria. El todopoderoso Beria, el jefe de los organismos antecesores del KGB actual, pero con un poder mucho mayor que el que fue quitado al KGB, el de poder detener y ejecutar, si preciso fuese, a los miembros del Comité Central. Las purgas estalinianas en las que el Comité Central y la vieja guardia bolchevique son diezmados, no pueden volver a repetirse, y los miembros del Presidium saben que no estarán nunca seguros mientras exista la sombra amenazadora del ejecutor implacable de la vesania estaliniana.

Desmintiendo el absurdo de la existencia de palomas y halcones en la sociedad soviética, asombrosamente Beria —y esto es poco conocido—, actúa con el deseo de mejorar su imagen, de dar una estampa liberal —el caso Andropov por lo tanto no es nuevo—, suaviza las medidas draconianas y lanza, o quiere lanzar en el subconsciente que no era el ejecutor implacable, el hombre al que servían monstruos sangrientos como Abakumov, sino que quieren presentar a pesar de sus crímenes, como el forzado a obedecer las órdenes de Stalin. Esto se repetirá con un Jruschov triunfante en el condenatorio XX Congreso, sólo tres años después.

Pero sus compañeros de Presidium saben la personalidad de Beria, y en un supersecreto pacto, asegurándose la ayuda del mariscal Zukov —¿pensaría éste en un nuevo Bonaparte?— y en una reunión secreta del Presidium le detienen y ejecutan inmediatamente antes de que los poderosos jefes de la Policía Secreta pudiesen haber sido alertados. Tema éste apasionante, el de la eliminación de Beria como ejemplo de golpe palaciego, pero sobre el que forzosamente hemos de pasar de largo.

La eliminación de Beria, confirma una situación una vez más engañosa ante los ojos de los observadores políticos occidentales: el situar dónde estaba el poder real en la Unión Soviética. Al poco tiempo de la muerte de Stalin, Malenkov es nombrado jefe del Gobierno, con cuatro vicepresidentes del consejo de ministros, que eran: Beria, Molotov, Bulganin y Kaganovich. Al ser ejecutado Beria, la posición teórica de Malenkov parece que salía ro-

bustecida, sin que tantos «Kremlinólogos» de la época prestasen atención a que se había visto obligado a ceder el puesto de primer secretario del Comité Central, a Nikita Jruschof.

Sobre Malenkov cayeron responsabilidades técnicas y teóricas, pero el poder real estaba en manos de Jruschof, que era quien controlaba la verdadera fuente de poder en la Unión Soviética: las estructuras del partido comunista. No sólo en 1953, cuando el 21 de marzo, se separan las funciones de jefe de gobierno y del secretariado del partido, sino en 1955, lo importante, lo decisivo es figurar en el aparato del partido, teniendo más importancia a veces el ser jefe de un sector del Comité Central, que el ocupar el cargo de ministro en uno de los numerosos ministerios que rigen la URSS. Jruschof desde ese cargo empieza a hacerse con las riendas del verdadero poder. El KGB, bajo los órdenes primero del general Serov, es puesto bajo el control del partido, y no en la situación inversa que la GPU o la NKVD, tuvieron durante el período estaliniano.

Entre los días 17 al 24 de febrero de 1956, se celebra el trascendental XX Congreso del Partido, en el cual se realiza la condena del culto a la personalidad, y el comienzo de la tímida desestalinización, en la que tanto Malenkov como Jruschof y Molotov habían jugado papeles principales. Pero Jruschof aparece —y una vez más la estupidez o la desinformación de los occidentales— como el sincero liberal que quiere renovar las arcaicas estructuras y sustituir a la vieja guardia estaliniana.

Se reproduce la situación creada a la muerte de Lenin, cuando nadie creía que el entonces oscuro Stalin, gracias a su control del aparato del partido y no de los puestos relumbrantes, llegaría a ejercer el poder absoluto.

Los propios discípulos de Stalin no supieron o no pudieron seguir la trayectoria de su difunto maestro. Así, el poder se va concentrando en manos de Jruschof, y éste, maniobrando hábilmente, desbordando al politburó —donde por ser elitista tenía perdida la partida, y gracias al apoyo, otra vez del mariscal Zúkov, y también del KGB—, convoca una reunión urgente, utilizando aviones especiales puestos a disposición de los lejanos

miembros del Comité Central de las lejanas repúblicas, y de toda la Unión, desautorizando la maniobra del politburó.

Por primera y única vez, el órgano que habitualmente se limita a aclamar la política del politburó, el Comité Central, cumple sus funciones estatutarias y maneja sus responsables locales por Jruschof, anula su destitución —camuflada de dimisión naturalmente— y reunido los días 22-29 de junio, repudia la postura de la vieja guardia estalinista.

Los amigos y entonces cómplices de Jruschof, el hábil Breznev, el jefe del KGB, Chelepin, el joven Semichatsni, el hacedor de Reyes, Suslov, aprenderán bien la maniobra, y cuando eliminen a Jruschof, no le dejarán posibilidad de repetir su jugada.

Después del 29 de junio de 1957, la suerte de los perdedores está echada, y los medios de comunicación soviéticos se inundan de ataques y peticiones espontáneas de castigo contra él, desde entonces, denominado «grupo antipartido». Malenkov, Molotov, Kaganovich, son inmersos en esa calificación que espera al caído en los regímenes comunistas. Al igual que habrían hecho ellos con Jruschof si éste hubiese sido el derrotado. Es bien sabido que Beria fue acusado de agente capitalista, y éste pensaba acusar a sus verdugos de agentes del imperialismo nazi.

Todas las monstruosidades, por absurdas que parezcan a una mentalidad occidental, son empleadas, y, en el uso de las mismas, las purgas estalinianas marcarían el «récord». Posteriormente veremos a Mao-Tse-tung en la revolución cultural acusar a Liu Shao-chi de «capitalista».

Jruschof designaría para jefe del gobierno a un figurón, Bulganin, y posteriormente acapararía en un nuevo culto a la personalidad la jefatura del partido y del gobierno, representando la figura más tosca de los dirigentes soviéticos; un equipo mucho más preparado entre los que destacarían: Breznev, Kosiguin y Suslov, acabaría con él.

Pero la destitución de Malenkov y de los que formaban el grupo antipartido, marca una nueva forma en la eliminación de los dirigentes soviéticos caídos en desgracia. A la eliminación política no le sigue la eliminación física, como venía siendo habi-

tual con las primeras figuras comunistas, de la talla de Bujarin, Zinoviev, Kamenev, Radek...

Malenkov, como ingeniero, es nombrado director de una central hidroeléctrica. Molotov y Kaganovich (2) tampoco son eliminados físicamente y pasan a un oscuro retiro, permitiéndoseles alguna vez a los corresponsales occidentales saber dónde habitan, para que sepan que existen. Igual suerte correría Jruschof, confinado a un barrio de las afueras de la capital.

Muy probablemente, al eliminar a Beria, esta vez sí físicamente, antes de que él lo hiciese con ellos, los conspiradores acordaron al suprimir el pael todopoderoso de la policía política, el que ésta actuase con plenos poderes frente a la población, pero no con la élite del partido, y así adquirir cierta tranquilidad. Saber que al ser destituido, perdería su puesto en la «nomenklatura», con todo lo que ello lleva aparejado, pero no la vida, ni la de sus familiares, como era práctica inexorable.

Malenkov, retirado ya de su puesto de ingeniero-director, vive como un jubilado de cierto nivel en un apartamento dado por el Comité Central. Un anciano de ochenta y dos años, típico exponente de la clase social de los «apparatchik», un hombre nacido y educado desde su juventud en la devoción al sistema. Un hombre que a los cuarenta y ocho años formó parte del otrora presidium y hoy otra vez politburó, centro del poder total en la Unión Soviética. Hombre educado en el ateísmo supermilitante estaliniano, en el odio, o más bien en la crítica pseudocientífica de todo lo que supusiese religión y creencia sobrenatural.

¿Cómo entonces ha sido posible esa conversión? Producida nada menos en uno de los que fue líder del movimiento comunista mundial. No en un oscuro comunista, sino en una de las personalidades del sistema. ¿Cómo puede haber actuado el toque de la inspiración en una personalidad de formación atea, y atea militante?

---

(2) Kaganovich, desde su alto puesto, decidió que los ferrocarriles de la URSS deberían seguir recurriendo a la tracción de vapor más perfeccionada, como elemento básico. Al ser eliminado, se ordena suspender toda investigación sobre locomotoras de vapor (N. del A.).

¿Habrá influido esa mentalidad esclava dada a la religiosidad o a la antirreligiosidad llevada al fanatismo? Forzosamente nos lleva a la comparación con el personaje Abdulrajmanov de la obra *El Montaje*, de Vladimir Volkof. El teniente general del KGB encargado precisamente de la más sutil desinformación, y que al ser vistado en el lecho de muerte de su dacha por un antiguo discípulo suyo ve un icono al que alumbra una lámpara en la cabecera de su cama. El chekista ya moribundo que se presigna, y que curiosamente ofrece una personalidad más humana que el frío tecnócrata de una multinacional, o que el ejecutivo de gustos estereotipados.

Desde luego, el tema es bastante más importante y justificativo de más espacio y de más amplios titulares que para ser despachado con unas breves líneas de agencia. Una vez más hay que reconocer que los designios del Señor son inescrutables.